

Una vez ocupada la plaza no perdió el tiempo, inició la organización del ejército, dispuso lo necesario para el pronunciamiento de la opinión. Declarados por la libertad el Cabildo y las instituciones, determinó San Martín que se jurase la independencia, y convocados éstos, el clero y los hombres más destacados se reunieron en cabildo abierto, presididos por el Arzobispo, redactando el acta solemne, en la que poniendo a Dios por testigo se juraba defender la independencia del Perú, ofreciendo en el altar de la Patria la vida y la propiedad. Pocos días después ese documento guardaba más de tres mil firmas de los vecinos, que tanto nacionales como españoles, no habían podido concurrir. El sábado 28 de julio, con la mayor solemnidad, se proclamaba y juraba la independencia, ante el pabellón del nuevo Estado que San Martín enarbolaba, pronunciando estas palabras: "El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa, que Dios defiende. ¡Viva la Patria! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia!"

* * *

Una jefatura general era necesaria y San Martín asumió el mando político de los departamentos adictos, con el título de Protector. Le ayudaban en su labor Juan García del Río, como ministro de Estado y RR. EE., encargado de gestionar los planes monárquicos sanmartinianos; D. Bernardo Monteagudo, cuyas medidas iban a proporcionar odios que culminarían con su asesinato, y como ministro de Hacienda el sabio peruano don Hipólito Unanue.

No tardaron en presentarse dificultades, siendo la mayor de todas la retirada de Lord Cochrane, aunque por otro lado se obtuvieran victorias como la capitulación por la mar de los castillos del Callao, que llegó a hacer pensar a San Martín que el final de la guerra se acercaba, dedicándose por esto a labores más pacíficas, como la elaboración del estatuto provisional, la libertad de esclavos, la creación de la Biblioteca Nacional, la libertad de imprenta y la adopción de un himno patrio. Además, muy caras a San Martín eran sus ideas monárquicas; de aquí que junto con las nuevas medidas propugnara otra, como la creación de la Orden del Sol, formando así una clase privilegiada cuyos favores alcanzaban hasta la tercera generación, y el reconocimiento de los títulos de Castilla, pues San Martín pensaba que dando por forma definitiva la monarquía aseguraba la estabilidad de las nuevas instituciones y terminaba con la anarquía, que ya empezaba a aparecer. Así, como un refuerzo a estas ideas, y con el objeto de acostumbrar la opinión, creó la "Sociedad Patriótica", pero con resultado contraproducente, pues para estos pueblos monarquía era sinónimo de colonia, y república, de libertad, sin discernir más allá de tales conceptos.

Mientras tanto, en la sierra las tropas virreinales se rehacían y obtenían triunfos, de gran importancia moral, sobre los patriotas, dominando el centro y el sur. Fue en estos momentos que San Martín se convenció que la guerra tomaba un carácter desfavorable para la naciente República y que era necesaria la cooperación colombiana. Delegando sus poderes en el marqués de Torre Tagle, que no era más que un instrumento en manos de Monteagudo, fué a reunirse con Bolívar en Guayaquil, donde iba a tener lugar la histórica entrevista, pero sabedor que no lo encontraría regresó al país.

El desastre de la Macacona que acababan de sufrir sus tropas le probó ampliamente que la reorganización realista era un hecho y que la inacción en que se habían mantenido los patriotas había dado lugar a divisiones y rivalidades, al ver que las medidas draconianas de Monteagudo producían gran descontento so-

cial; a tal punto pesaba esto sobre la opinión, que se llegó a pensar que la independencia real era un hecho bastante lejano.

Esto originó que se firmara en Lima un acuerdo con Colombia para ayudarse en la guerra contra las tropas gubernamentales, y por segunda vez San Martín se dirigió a Guayaquil, donde se encontró con que el general norteño había entrado ya triunfalmente en la ciudad y tenía ganados los ánimos para la incorporación de esta provincia a la Gran Colombia. Así, es a entrevista, en la que San Martín hizo despliegue de generosidad, llegando aún hasta ofrecer su espada a órdenes del Libertador, consiguiendo tan sólo la negativa de éste, lo convenció de que Bolívar ansiaba para sí solo la gloria de la liberación definitiva. San Martín pudo ver entonces cómo se perdía Guayaquil y la ayuda colombiana al mando de Bolívar mientras su presencia se mantuviese en el Perú. La conferencia en que se cifraban tantas esperanzas terminaba con la única ventaja de incorporarse a las filas patrióticas una división colombiana.

San Martín fuera del país y deportado Monteagudo por los excesos cometidos en su ausencia, el primer Congreso, que debía tener lugar en mayo de 1822 y que daría al Perú la forma de gobierno definitiva y la Constitución que lo rigiera, no pudo ser reunido hasta el 20 de septiembre del mismo año. Sólo ante él podía San Martín despojarse de las insignias del mando, que momentáneamente se había visto precisado a ejercer, despidiéndose del país con palabras que revelan la rectitud de su conciencia, la nobleza, la modestia y la sinceridad de su desprendimiento ante la causa de la independencia. El Congreso lo nombró Generalísimo de las armas del Perú, pero su determinación era irrevocable, pues bien claro lo había expresado ya: "... la presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los Estados que de nuevo se constituyen...". Sólo aceptó el título y al día siguiente se alejaba rumbo al Viejo Mundo en busca de reposo, dejando su querido ejército, que más tarde figuraría brillantemente en Junín y Ayacucho, a las órdenes del jefe venezolano.

La guerra de emancipación de las colonias de la Madre Patria, que todavía empezaba para el Perú, era algo incontenible. Un fenómeno que a través de la Historia se repite, sólo podía retardarse para nuestro país por las circunstancias que rodeaban al Perú.

